

Un debate sobre el “fin del trabajo”.El ocaso de un discurso a la luz de los tiempos.

Patricia Lambruschini.

Cita:

Patricia Lambruschini (2011). *Un debate sobre el “fin del trabajo”.El ocaso de un discurso a la luz de los tiempos. IX Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-034/225>

Un debate sobre el “fin del trabajo”. El ocaso de un discurso a la luz de los tiempos

Patricia M. Lambruschini

Lic. en Sociología - Facultad de Ciencias Sociales - Universidad de Buenos Aires

p_lambruschini@hotmail.com

Resumen: El artículo aborda la problemática del “fin del trabajo”, contextualizando históricamente el surgimiento de esas teorías y discutiendo algunas de sus tesis fundamentales. Asimismo, se destaca que los planteos sobre el “fin del trabajo” buscaban poner en cuestión los puntos cardinales de la teoría marxista y se intenta determinar en qué medida ellos se han visto reafirmados o no por la realidad socioeconómica de los últimos años.

Palabras clave: “fin del trabajo” - clase obrera - ideología - marxismo - crisis del capitalismo

INTRODUCCIÓN

Durante las décadas del '80 y del '90, y en el marco de una profunda ofensiva contra las conquistas del movimiento obrero a nivel mundial, una gran cantidad de intelectuales pronosticó el “fin del trabajo” y de la clase obrera, llegando a convertirse estos planteos en uno de los discursos dominantes al interior de las ciencias sociales. Sin embargo, en un lapso relativamente breve de tiempo, estas teorías han quedado rápidamente desactualizadas: la realidad socio-económica de los últimos años, y particularmente la crisis mundial del capitalismo que se encuentra en curso en la actualidad, ha desautorizado en gran medida a los autores que los sostuvieron.

La perspectiva del “fin del trabajo” tuvo diversas formulaciones. André Gorz, por ejemplo, la planteaba desde una mirada sumamente optimista, imaginando incluso la posibilidad de “salir de la sociedad salarial” sin la necesidad de eliminar al capital. Jeremy Rifkin, en cambio, presentaba el panorama sombrío de un mundo donde el empleo se extinguiría y donde la depresión psicológica, la violencia y la criminalidad se convertirían en una suerte de epidemia social. Entre estos dos extremos se encuentran autores como Claus Offe y otros tantos que, desde posiciones más o menos desencantadas, enfatizaban en la idea de una “fragmentación de los mundos de vida” y en el advenimiento de una “era postmoderna”.

No es la intención de este trabajo hacer una recopilación del pensamiento de cada uno de estos autores, lo que no quita que por momentos se refiera a alguno de ellos en particular. El objetivo de estas páginas es discutir los ejes fundamentales de la problemática del “fin del trabajo”. Para ello, en primer lugar se realiza una contextualización histórica del surgimiento de estas teorías, posteriormente se procede una recuperación de las tesis principales que se han esgrimido para

defender esa perspectiva y, finalmente, se las analiza de manera polémica tratando de determinar en qué medida han sido refutadas por los acontecimientos recientes.

EL “FIN DEL TRABAJO” COMO IDEOLOGÍA DE LA CLASE DOMINANTE

Cuando a principios de los años '80 comenzaron a emerger las reflexiones en torno al “fin del trabajo”, no era ni la única ni la primera oportunidad en que los intelectuales se preguntaban sobre el futuro del trabajo. Sin embargo, el contexto histórico en que se produjo esta emergencia era muy particular.

Como se sabe, a mediados los años '70 se produce una gran crisis de la economía capitalista, que marcará un profundo viraje en las décadas siguientes. En efecto, con el objetivo de contrarrestar la caída de la tasa de ganancia, el capital lanzó una ofensiva en todos los frentes, aplicando salidas de un alcance económico y social inusitado¹. Esta ofensiva implicó, en primer lugar, un ataque en regla contra las conquistas del movimiento obrero mediante la implementación de la llamada política “neoliberal” de desregulación de los mercados, privatización y precarización del trabajo. Este proceso comenzó en los países centrales con la aplicación de la “flexibilidad laboral” por parte de gobiernos como los de Ronald Reagan y Margaret Thatcher, para extenderse posteriormente al conjunto de los países capitalistas. Como se ha señalado ya en numerosas investigaciones, a partir de la década del '70, los altos niveles de desempleo se convierten en un fenómeno endémico, los salarios se deterioran de manera sistemática, los costos laborales son reducidos y la asistencia social por parte del Estado es desmantelada. Se produce, en definitiva, un retroceso general de las condiciones de vida de los trabajadores con el único propósito de incrementar la rentabilidad empresarial.

El segundo pilar de esta ofensiva consistió en el saqueo de las economías del “Tercer Mundo”, que durante los años '80 y '90 se vieron sometidas a una verdadera expoliación. Las tasas usurarias y el crecimiento abismal del endeudamiento externo llevaron al derrumbe de países enteros, mientras que la arremetida contra las condiciones de la población trabajadora hundió a millones de personas en situaciones de absoluta miseria.

Finalmente, el punto culminante de este proceso abierto a partir de la crisis de los '70 fue, sin lugar a dudas, el reestablecimiento del régimen capitalista en los ex estados obreros de Asia y Europa Oriental. La progresiva restauración de las relaciones de mercado en los países que habían confiscado la propiedad privada, implicó una ampliación sin precedentes del radio de explotación del capital internacional. Al mismo tiempo, ella fue el corolario de un proceso de reacción política mucho más amplio de la clase dominante, que vino a poner término a un largo período de *impasse* político y social. No debe olvidarse que el '68, el '69 y los primeros años de la década del '70 estuvieron signados por profundas conmociones sociales y por una irrupción independiente de la clase obrera y los sectores oprimidos a nivel mundial. Fueron los años de la emblemática unidad obrero-estudiantil, cristalizada en el Mayo francés o el Cordobazo; los años de la derrota de los yanquis en Vietnam, de las rebeliones en los países coloniales, de las revoluciones políticas contra la burocratización de los regímenes stalinistas... En fin, años verdaderamente revolucionarios y de allí la magnitud de la reacción

emprendida por la burguesía, que en la Argentina y otros países tomó la forma de dictaduras sanguinarias.

Las teorías que aquí se analizan deben ser interpretadas a la luz de este contexto histórico, ya que los debates teóricos no sólo están condicionados por la lucha de clases, sino que son una parte constitutiva de la misma. La lucha teórica es un momento fundamental de la lucha de clases, pues se trata en definitiva de la lucha por la subjetividad y por las formas de conciencia. En *La ideología alemana*, Karl Marx y Friedrich Engels sostenían que las ideas vigentes en un determinado período histórico son indisolubles de las condiciones sociales y materiales de su surgimiento. Estos autores señalaban que “las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o dicho en otros términos, la clase que ejerce el poder *material* dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder *espiritual* dominante”.² En todas las sociedades de clase, donde ya se ha producido una división entre el trabajo intelectual y manual, existe una capa de intelectuales que representa los intereses particulares de aquél sector social. Marx y Engels denominaban precisamente *ideología* al conjunto de ideas teóricas, morales, políticas y religiosas de las que se vale la clase dominante para legitimar y reafirmar su dominación material.

En el caso específico que aquí se trata, hay que señalar que la ofensiva del capital a la que se ha hecho referencia también tuvo su contraparte a nivel de las ideas, con el surgimiento durante los años '80 de los intelectuales que hablan de la “post-modernidad”, del “fin de las ideologías”, del “fin de la historia”. El capitalismo volvía y esta vez lo hacía para quedarse, la sola idea de una alternativa distinta frente a este régimen social debía ser desechada. Posteriormente, y a medida que iría avanzando la restauración capitalista en los viejos estados obreros, aparecerían planteos más vulgares y apologéticos, que auguraban siglos de progreso para la humanidad en el marco del mundo “globalizado”.

Las teorías sobre el “fin del trabajo” también forman parte de este concierto ideológico que se proponía extender la derrota que la clase obrera y los explotados habían sufrido en el plano material y político, hacia el plano de la subjetividad y la conciencia. Desde el punto de vista estratégico, todos estos discursos buscaban poner en cuestión las principales tesis de la teoría marxista, renegando del agotamiento histórico del régimen capitalista y sepultando la perspectiva del socialismo como alternativa superadora. Esto es precisamente lo que veremos al analizar las tesis del “fin del trabajo”, cuya crítica posterior también puede ser entendida como una *crítica de la ideología*.

LAS TESIS DEL “FIN DEL TRABAJO”

Enrique De la Garza³ realiza una buena síntesis de los principales argumentos que se han ofrecido para abonar la perspectiva del “fin del trabajo”, al margen de que fueran formulados por distintos autores.

La **tesis 1** sostiene que, desde fines de los años '70, se han registrado cambios en el mercado laboral que han repercutido de manera negativa en la organización de la clase obrera. La decadencia de la producción industrial en relación a los servicios y

el incremento relativo de los trabajadores calificados, técnicos y “cuellos blancos”, por un lado; la emergencia de un desempleo crónico y masivo, cuyas tasas crecen y se mantienen altas a lo largo del tiempo, por otro; y finalmente, la extensión cada vez mayor del subempleo y del trabajo precarizado; habrían incrementado la heterogeneidad al interior de la clase trabajadora dificultando la adopción de normas, valores y actitudes comunes. Se estaría frente a una fragmentación de la antigua identidad de la clase obrera, que tornaría inviable el surgimiento de grandes movimientos colectivos e imposibilitaría su organización en pos de una transformación del orden existente.

En esta primera tesis se incluyen las versiones más extremas y emblemáticas, que enfatizan en la revolución tecnológica como la principal causa del “fin del trabajo” o que directamente se refieren a una tendencia a la *desaparición* de la clase obrera.

La **tesis 2** sostiene que el “fin del trabajo” debe ser entendido como el fin de la centralidad del trabajo en el conjunto de las relaciones sociales y, particularmente, en la conformación de identidades colectivas. La sociedad estaría asistiendo a una fragmentación de los mundos de vida (donde cada uno tiene su propia lógica), a una fragmentación del sujeto y a una crisis de las teorías y proyectos de carácter holista. En esta sociedad –la sociedad “postmoderna”–, los mundos extra-laborales se han vuelto más importantes en la conformación de la identidad de los trabajadores que el mundo del trabajo, porque les proporcionan mayores satisfacciones que este último.

La **tesis 3** plantea que la pérdida de centralidad del trabajo se relaciona con su función en la generación de valor. Actualmente, la principal fuente de la riqueza ya no sería el trabajo humano explotado por el capital productivo, sino las distintas aplicaciones del capital en el sistema financiero globalizado.

Finalmente, la **tesis 4** sostiene que la crisis del trabajo es en esencia un problema político, resultado de una derrota de la clase trabajadora durante los años ‘80 que implicó el avance de las llamadas políticas neoliberales, la reestructuración productiva al interior de las empresas a expensas de las conquistas obreras y el debilitamiento de los sindicatos.

Así pues, luego de este breve repaso de las tesis del “fin del trabajo” se puede advertir que, aunque ellas se enfocan en distintos aspectos, coinciden en cuestionar el lugar fundamental que la teoría marxista le otorga al trabajo en la organización social y al proletariado como sujeto histórico⁴.

La tesis 1 señala dos tipos de cambio: uno de orden estructural -la creciente heterogeneidad de la clase obrera y, en las versiones más extremas, la tendencia a su *desaparición*- y otro de orden subjetivo -la incapacidad de los trabajadores para organizarse en defensa de sus intereses materiales inmediatos y también históricos-. Se plantea, por tanto, un cuestionamiento a la existencia del proletariado en su doble carácter de clase *en-sí* y *para-sí*⁵. La tesis 2 cuestiona la centralidad del trabajo en la sociedad y busca refutar todo planteo de carácter global (como el del marxismo) con el argumento de la fragmentación. La tesis 3 discute la vigencia de la ley del valor, señalada por Marx como una de las leyes fundamentales que rigen el desenvolvimiento de la sociedad capitalista. La tesis 4, por último, niega el carácter

dinámico de la lucha de clases, pretendiendo derivar de una derrota de la clase obrera, su supuesta crisis definitiva.

Esta breve revisión reafirma lo dicho anteriormente: que en la esencia del planteo del “fin del trabajo” se encuentra la crítica al programa emancipatorio de la revolución socialista. Sin embargo, esta perspectiva conlleva una suerte de resignación al dominio del sistema capitalista, justo cuando éste atraviesa su más alto grado de disgregación en el marco de su declinación histórica. De aquí la importancia de realizar una crítica, polemizando con los referentes de estas tesis y tratando de establecer si las teorías del “fin del trabajo” son reafirmadas por los acontecimientos en curso o si, por el contrario, son las previsiones del marxismo las que vienen siendo confirmadas.

DEL “FIN DEL TRABAJO” A LA ABOLICIÓN DEL CAPITAL

Tesis 1

La primera tesis sobre el “fin del trabajo” plantea que los cambios operados en el mercado laboral desde fines de los '70 han tenido un impacto negativo para la organización de la clase obrera. En relación a esto, hay que decir que estos cambios efectivamente han traído aparejada una mayor heterogeneidad al interior de la clase trabajadora, tornando más difícil su unificación en pos de un objetivo común. Las altas tasas de desempleo y la extensión del trabajo precarizado han acentuado la competencia de los trabajadores en el mercado laboral. Es más, la incorporación de un contingente masivo de trabajadores al mercado internacional en el marco del proceso de restauración capitalista en los ex estados obreros, ha reforzado la competencia al interior de la clase obrera mundial a una escala inédita. Por otra parte, la multiplicación de matices que se ha registrado en las condiciones laborales y de vida de la clase trabajadora también ha diversificado sus intereses materiales inmediatos, así como sus aspiraciones sociales de orden más general. Evidentemente, no es lo mismo estar desocupado que tener un empleo; ser un trabajador “precarizado” (en negro, temporario, subcontratado, etc.) que estar bajo las condiciones del convenio colectivo; percibir un elevado ingreso que un salario de indigencia; etc. Estas particularidades en las condiciones de los trabajadores, influyen sobre sus necesidades más apremiantes, volviendo más compleja su organización colectiva. Sin embargo, por sí solos, estos argumentos no bastan para concluir que la evolución del mercado laboral en las últimas décadas ha vuelto *imposible* la unidad de clase del proletariado, tal como pretenden los autores del “fin del trabajo”.

En primer lugar, porque la heterogeneidad de la clase trabajadora, lejos de ser una novedad, ha estado presente a lo largo de toda su historia. Las diferencias al interior de la clase obrera existen desde siempre por el hecho elemental de la diversidad técnica de los distintos tipos de trabajo y porque, desde el comienzo del régimen capitalista, siempre ha habido sectores de trabajadores cuyas condiciones han sido mejores o peores a las de otros sectores. Estas diferencias, sin embargo, no fueron un obstáculo suficiente para que la clase obrera se convirtiese en una potente fuerza social e interviniese activamente tanto en el plano de la lucha económica como en el plano de la lucha política. En segundo lugar, aunque la heterogeneidad actual de la

clase obrera sea parcialmente distinta e incluso más pronunciada que en el pasado, no hay razones para considerarla una barrera insuperable. De hecho, el desenvolvimiento de la lucha de clases en distintos países del mundo durante los últimos quince años contradice esa idea cada vez más. Pensemos, por ejemplo, en las rebeliones populares de fines de los '90 y principios de este siglo en América Latina, o en las huelgas y movilizaciones que viene desencadenando la crisis actual en el continente europeo, o en las revoluciones que se encuentran en curso en Medio Oriente. En todos estos casos, se observa no sólo una reorganización de la clase obrera, sino incluso una intervención destacada de la misma. Por último, tal vez el aspecto más restrictivo de esta primera tesis es que reduce la unidad del proletariado a un mero epifenómeno de las condiciones económicas, razón por la cual, a condiciones materiales adversas correspondería nula organización. Pero la unidad de clase, aunque sin duda tiene una determinación material, es un problema fundamentalmente subjetivo, que se relaciona con el desarrollo de la conciencia individual y colectiva de los trabajadores al calor de la experiencia. Este problema ocupó extensamente a los teóricos de la revolución socialista, que discutieron con los planteos mecánicos y economicistas que los autores del "fin del trabajo" parecen reflotar. Frente a ellos, destacaron el rol de los partidos obreros revolucionarios, como la organización específica que permite trascender el alcance de la lucha económica y vincularla con la perspectiva de la abolición del régimen capitalista y la reorganización de la sociedad sobre nuevas bases. Los partidos políticos de la clase obrera, cuya actividad cotidiana de agitación y propaganda apunta justamente a superar la atomización de los trabajadores y a homogenizarlos políticamente, juegan un papel fundamental en la constitución del proletariado como sujeto político y permiten avanzar en ese sentido. En síntesis, la fragmentación y desorganización de la clase obrera no constituye un obstáculo que no pueda ser sorteado mediante un trabajo sistemático en pos de su unificación, tanto por sus reivindicaciones más elementales como en vistas de su emancipación social.

Las versiones más extremas del "fin del trabajo", que plantearon no sólo una mayor heterogeneidad sino una tendencia a la *desaparición* del "trabajo" y de la clase obrera, merecen un comentario en particular. En su obra *El fin del trabajo*, Jeremy Rifkin analizaba los altos índices de desempleo alcanzados a nivel mundial durante los noventa y los atribuía al impacto de la "tercera revolución tecnológica". El autor veía la incorporación de nuevas tecnologías en los distintos sectores económicos como una tendencia indeclinable, que avanzaba desplazando a los trabajadores de sus puestos y que conduciría a una *extinción* del trabajo. El único sector expansivo era el del conocimiento, donde se registraba una demanda creciente de trabajadores calificados y "cuellos blancos", pero que era incapaz de absorber la masa de trabajadores despedidos. El libro de Rifkin tiene el problema de que habla del "trabajo" en general, cuando en realidad se refiere al trabajo bajo su forma asalariada, que es la forma específica que éste asume en la sociedad moderna. El problema del desempleo tiene que ver, precisamente, con la imposibilidad de acceder a un puesto laboral asalariado. De todas maneras, el planteo de este autor ha sido refutado en gran medida por los acontecimientos. Si bien es cierto que en determinados ámbitos de la economía ha habido una tecnificación importante y un incremento de los "cuellos blancos", en paralelo a ese proceso se ha producido un enorme crecimiento del trabajo precario, al que Rifkin no hace referencia. La emergencia y generalización de la tercerización laboral, la extensión del empleo en negro o temporario y, por sobre todas las cosas, el resurgimiento del trabajo en

condiciones de semi-esclavitud, han puesto en cuestión la idea de un progreso técnico indefinido que subyace al planteo de este autor. Se ha confirmado que el desenvolvimiento de la ciencia y la técnica es indisociable la naturaleza del régimen social y que, bajo el capitalismo, este desarrollo se encuentra subordinado a la obtención de beneficio. Durante las últimas décadas, el recurso privilegiado del capital para incrementar su rentabilidad no ha sido tanto la innovación tecnológica como la superexplotación laboral, que ha alcanzado una enorme amplitud a escala planetaria y, particularmente en los países oprimidos, donde los grandes capitales han encontrado una abundante fuente de mano de obra barata.

André Gorz iba todavía más allá que Rifkin y, al analizar el incremento del desempleo y del trabajo precario desde fines de los '70, concluía que la clase obrera estaba desapareciendo. En su obra *Adiós al proletariado* el autor discutía abiertamente con el pensamiento de Marx y se refería precisamente a una extinción del proletariado como sujeto histórico. En su lugar, planteaba la emergencia de un nuevo grupo social, la *no-clase*, integrada por el creciente número de trabajadores despedidos y precarizados. Gorz sencillamente confundía los términos, porque los trabajadores desocupados o precarizados no son, como sostenían él y otros autores, una suerte de marginales o "excluidos sociales" que se encuentran por fuera del sistema capitalista. Ellos son, en cambio, las capas más explotadas de la clase obrera, cuya creciente extensión es utilizada para presionar a la baja las condiciones salariales y laborales del conjunto de los trabajadores ocupados. Por ese motivo, la organización de estos sectores resulta crucial para limitar la competencia en el mercado laboral y para dar impulso a la lucha de otros sectores de la clase trabajadora. El caso de Argentina, donde en los últimos años surgió un gran movimiento de clase de los desocupados (el llamado "movimiento piquetero") y donde hoy se está produciendo un intenso reagrupamiento de los trabajadores precarizados (en especial de los tercerizados), es un buen ejemplo de que incluso los sectores más golpeados de la clase obrera son capaces de organizarse, e imprimir una nueva vitalidad y perspectiva a la lucha del conjunto del movimiento obrero.

Pero más allá de esto, lo que importa destacar aquí es que Rifkin, Gorz y otros autores que creían estar asistiendo a la *desaparición* del "trabajo" y de la clase obrera, se enfrentaban en realidad a una profundización de la descomposición histórica de la relación social capitalista⁶, que ya funciona como en el pasado. La degradación contemporánea del "mundo del trabajo" es indisociable de la degradación del capitalismo, en un grado muy avanzado de su desarrollo, cuando las manifestaciones de su senilidad como régimen social se vuelven cada vez más notorias. La irrupción del desempleo, el subempleo y la precarización laboral como fenómenos de carácter masivo y estructural son el signo más evidente del profundo agotamiento del trabajo asalariado como forma de organizar el metabolismo social. Todos estos problemas laborales sobre los que teorizaron los autores que aquí tratamos, se agudizan al compás de las crisis cada vez más frecuentes de la economía mundial, que desde fines de los años '70, registra una tendencia declinante que no ha podido ser revertida. Este panorama reafirma uno de los principales pronósticos de la teoría marxista, a saber, la tendencia del sistema capitalista al colapso y a su propia disolución. Su superación efectiva, corresponde a la acción histórica de los hombres.

Tesis 2

La segunda tesis sobre el “fin del trabajo” tiene, si se quiere, un carácter más teórico. En relación a ella, cabe señalar que los planteos que pretenden refutar al marxismo con el argumento de una fragmentación de la sociedad y el individuo, no han reparado en que fue el propio Marx quien destacó esa fragmentación como una característica, no ya de una supuesta “era postmoderna”, sino de la modernidad misma. Esta cuestión ha sido muy bien ilustrada en su famoso manuscrito sobre el trabajo alienado. En el capitalismo, el hombre se ha visto degradado a la condición de una mercancía como cualquier otra. El trabajador, que despojado de los medios de producción se ve obligado a vender su fuerza de trabajo, es un individuo completamente escindido. Él no puede reconocerse en los productos de su propia actividad pues éstos no le pertenecen. Se encuentra escindido, además, de la naturaleza y de su actividad más distintiva como hombre y como ser social -el trabajo- pues no trabaja para sí mismo sino para otro. Se encuentra escindido, en fin, respecto de otros miembros de la sociedad, de quienes lo separan intereses irreconciliables. La sociedad capitalista es una sociedad plagada de contradicciones y luchas intestinas, nacidas de la explotación de unos hombres por otros. A todo esto, Marx le oponía un planteo de transformación y reorganización integral de la sociedad, que permitiese a los hombres reapropiarse de sus condiciones más esenciales y someter la producción y el consumo a un control conciente y colectivo.

Pero si Marx pudo ver esta fragmentación y oponerle un programa superador, fue precisamente por el carácter “holista” de su perspectiva, que los autores postmodernos pretenden desterrar. El materialismo histórico, como se sabe, es una teoría científica que busca conciliar la teoría de la evolución natural de la especie humana con una teoría del desarrollo social. Es una perspectiva que enfoca el estudio de los fenómenos sociales abordando al hombre en toda su complejidad de un ser natural, social e histórico, y entendiendo a la sociedad como una totalidad orgánica.

Los teóricos del “fin del trabajo” han tergiversado el lugar central que esta concepción le otorga al trabajo y han querido atribuirle un mecanicismo vulgar, que no existe en su formulación original. El marxismo jamás planteó que la “identidad colectiva” de los trabajadores -esto es, su conciencia de clase- proviniese de una supuesta satisfacción respecto al mundo del trabajo. Bajo la sociedad capitalista, el trabajo es más bien una fuente de padecimientos y desrealización; apenas pueden, los trabajadores huyen del trabajo como de la peste, decía Marx hace más de 150 años. El problema de la conciencia de clase es una cuestión bastante más compleja y, en todo caso, la insatisfacción con las condiciones laborales no es un factor que impida la conformación de una identidad común de los trabajadores, sino todo lo contrario. La conciencia de clase se forja al calor de la experiencia individual y colectiva, ella implica la identificación de unos individuos con otros cuya situación material y su estilo de vida son similares y el discernimiento de que sus intereses como grupo se contraponen a los de otro grupo. La conciencia de clase es indisociable de la lucha de clases y tiene un carácter dinámico como esta última. La conciencia de la clase obrera es indisociable de su enfrentamiento práctico con los intereses de la burguesía y tiene momentos de avance y de retroceso. Y, por sobre todas las cosas, dicha conciencia reconoce distintos niveles: no es lo mismo la conciencia de los intereses materiales más inmediatos y la lucha por mejorar las

condiciones de la explotación del trabajo asalariado, que la conciencia socialista y la lucha por derribar al actual régimen social. Si hay algo en que el marxismo ha puesto énfasis es en destacar que la lucha política es irreductible a la lucha económica; de allí la necesidad de poner en pie partidos políticos de la clase obrera y no sólo organizaciones sindicales, cuestión que es prácticamente dejada de lado por los autores que aquí tratamos.

La centralidad que el marxismo le otorga al trabajo y a las condiciones materiales (que vale tanto para el modo de producción capitalista como para sus antecesores) responde a una cuestión elemental de la realidad. El ser humano es un ser natural que tiene que satisfacer sus necesidades para sobrevivir. Para ello, transforma la naturaleza mediante su trabajo y, en ese proceso, también se modifica a sí mismo y a sus propias condiciones de existencia. La producción de la vida material es siempre un proceso social; el tipo de vínculo que los hombres entablan entre sí está condicionado por el grado de desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, por el grado en que ellos dominan la naturaleza mediante el trabajo y la técnica. Las relaciones sociales de producción vigentes en determinado período histórico, condicionan el desenvolvimiento de los distintos ámbitos de la vida humana (la moral, la religión, las formas de Estado, las ideas políticas, etc.)

El marxismo en modo alguno niega la existencia de otras esferas de la vida más allá del “mundo del trabajo”, pero no se engaña respecto al hecho de que su autonomía de las condiciones materiales es sólo relativa. Esto vale particularmente para la sociedad capitalista, donde las relaciones de carácter mercantil no sólo son las dominantes, sino que se extienden cada vez más y sobre terrenos antes impensados. Durante las últimas décadas, hemos tenido ejemplos clarificadores en este sentido como lo fueron los procesos de privatización de la salud, la educación y el sistema jubilatorio. A contramano de lo que sostienen los postmodernos, el capital penetra cada vez más en los distintos mundos de la vida, sometiéndolos a su propia lógica. Los planteos que hacen caso omiso de esta cuestión caen, por tanto, o en la categoría de una ingenuidad o en la categoría de una ideología que pretende encubrir la realidad.

Tesis 3

La tercera tesis cuestiona la vigencia de la ley del valor sosteniendo que, en la actualidad, la principal fuente de la riqueza ya no sería el trabajo humano sino la especulación financiera. Al respecto, lo primero a señalar es que esta tesis constata el amplio desarrollo alcanzado por el capital financiero desde fines de los '70 y lo da por sentado. Pero ella no explica que el desarrollo del capital financiero es propio de la época de *declinación histórica* del capitalismo, cuando habiendo encontrado límites concretos para su valorización en la esfera de la producción material, el capital acentúa sus tendencias más parasitarias. Marx, y particularmente Lenin, explicaron cómo el desenvolvimiento del capital financiero estaba vinculado a la tendencia a la sobreproducción de mercancías, cuya contracara fundamental es a su vez el subconsumo de las masas trabajadoras. La enorme extensión que ha alcanzado el capital financiero durante las tres últimas décadas es indisociable de la saturación de mercancías y de capitales que desde entonces se registran en la economía mundial.

En segundo lugar, esta tesis presenta el problema de que no distingue adecuadamente el proceso de *generación del valor* del proceso de *distribución de la plusvalía*. Por ese motivo, le reconoce un lugar al sistema financiero en la creación de riqueza, desconociendo el carácter y la naturaleza de lo que Marx denominara “capital ficticio”, un capital cuya valorización consiste en la apropiación de plusvalía generada por otros capitales, a saber, aquellos que explotan de manera directa el trabajo asalariado.

Bajo la sociedad capitalista, los precios de las mercancías están determinados en última instancia por el tiempo de trabajo socialmente necesario para reproducirlas. Sin embargo, en los llamados “mercados de capitales” no se transan directamente mercancías, sino diversos instrumentos financieros (acciones, bonos, etc.) que constituyen representaciones más o menos indirectas del valor de aquéllas. Por esta razón, los valores que se intercambian al interior del sistema financiero no sólo son originados fuera de él, sino que la valorización de capitales que tiene lugar en este ámbito no puede, por su propia naturaleza, independizarse de manera definitiva de los procesos de generación de valor y de acumulación que tienen lugar en la llamada “economía real”, es decir, aquella en la que se producen mercancías contantes y sonantes producto del trabajo humano.

Marx esbozó los conceptos fundamentales vinculados a la operatoria del capital ficticio, explicando que el mismo puede seguir una dinámica relativamente autónoma del proceso productivo durante períodos relativamente extensos. De hecho, la inmensa diversificación de instrumentos y la extensión a nivel mundial del sistema financiero que han tenido lugar desde entonces, han ampliado esta capacidad de desenvolvimiento autónomo del capital ficticio a una escala sin precedentes. Sin embargo, y más allá de esta creciente sofisticación, el hecho de que el valor sólo sea producto del trabajo humano y que la valorización del capital ficticio resida en la apropiación de plusvalía generada en el proceso productivo, explican que este capital continúe dependiendo en última instancia de la producción y realización de las mercancías. De manera que, a contramano de lo que sostienen los teóricos del “fin del trabajo”, el desarrollo alcanzado por la especulación financiera no anula el lugar central que le cabe al trabajo en la generación del valor y de la riqueza social.

Así pues, mientras la teoría marxista ofrece una explicación del origen del valor y de la riqueza como resultado del trabajo humano y, a partir de ella, puede dar cuenta de la lógica y el desenvolvimiento del capital ficticio, los teóricos del “fin del trabajo” no hacen ni una ni otra cosa. En efecto, esta tesis no sólo lleva implícito un rechazo a la vigencia de la ley del valor formulada por Marx, sino que tampoco explicita su teoría del valor subyacente, es decir, la teoría de la determinación de los precios de las mercancías bajo el capitalismo que daría sustento al hecho de que el capital financiero sea actualmente la principal fuente de la riqueza social.

En tercer lugar, esta tesis es probablemente la que más se ha visto cuestionada por la evolución económica de los últimos años y por la actual crisis en particular. En efecto, entre fines de los ‘80 y principios del siglo XXI se han desarrollado en el mundo sucesivas crisis financieras, que han tenido características cada vez más explosivas y que han encontrado su punto culminante en la actual crisis mundial. Esta crisis, que por la magnitud de la bancarrota, por su alcance planetario y por tener su epicentro en la principal economía del mundo (Estado Unidos); es sin dudas

la crisis más profunda en la historia del capitalismo, está recorriendo su cuarto año de desarrollo y se inicia originalmente como una crisis financiera. La cesación de pagos de los deudores hipotecarios estadounidenses, cuyos ingresos eran insuficientes para continuar afrontando los créditos que habían contraído, hizo estallar la enorme burbuja especulativa que se había generado en torno al mercado inmobiliario. La desvalorización masiva de los instrumentos financieros que se habían creado en torno a esta burbuja, la quiebra generalizada de bancos y fondos de inversión, así como el subsiguiente impacto en el ámbito de la “economía real”, cuestionan por el vértice la idea del desarrollo independiente e ilimitado del capital ficticio que subyace a esta tercera tesis.

Por último, y quizás lo más importante a señalar, es que los teóricos del “fin del trabajo” que sostienen esta tercera tesis realizan un abordaje mecánico de la ley del valor. Ellos no advierten que la tendencia a la anulación de dicha ley (que existe efectivamente, pero que no se explica por lo que plantean estos autores) en realidad es el resultado de su propia vigencia. Es producto de la vigencia de la ley del valor que el capitalismo ha ingresado en su etapa de declinación, signada por el predominio del monopolio y del capital financiero⁷. El vínculo entre trabajo, producción de riqueza y valor, es un vínculo histórico y contradictorio. Estos autores pierden de vista el movimiento general del capital, que a lo largo de su propio desenvolvimiento tiende a erosionar las condiciones de su desarrollo y a abolir sus propias leyes⁸. Marx explicó que la tendencia decreciente de la tasa de ganancia marca la tendencia indeclinable del capital hacia su propia disolución: en la medida que busca apropiarse de una ganancia mayor, el capital tiende a incrementar la proporción de capital aplicada a maquinarias, herramientas y materias primas, en detrimento de la aplicada al pago de salarios y, en ese movimiento, tiende a minar el fundamento mismo de la ganancia, que es la diferencia entre el valor creado por los asalariados y lo que ellos obtienen como ingreso para subsistir (plusvalía). La decadencia de la tasa de ganancia es, asimismo, “una manifestación inseparable de la decadencia de la ley del valor como principio regulador del movimiento capitalista”⁹. Sin embargo, la abolición definitiva de dicha ley, sólo será posible mediante la superación del régimen capitalista.

Tesis 4

La cuarta y última tesis plantea que la crisis del trabajo es en esencia un problema político, vinculado a la derrota sufrida por la clase obrera durante los años ‘80. Al comienzo de este ensayo nos hemos referido a la ofensiva emprendida contra los trabajadores en ese período, y debemos decir ahora que esa derrota ha sido incluso más amplia de lo que reseñan los teóricos del “fin del trabajo”. Ellos hablan de la crisis de los sindicatos, pero no explican la principal razón de esa crisis, que reside en que la gran mayoría de los gremios y centrales obreras se encuentra dirigida por una burocracia que, en lugar de representar y defender los intereses de los trabajadores, es funcional a la destrucción de las conquistas históricas del movimiento obrero. Estos teóricos tampoco mencionan el enorme retroceso que significó el aplastamiento de las revoluciones políticas y el avance de la restauración capitalista en los ex estados obreros, probablemente porque no la ven con malos ojos. Tampoco se refieren a la crisis que esta evolución ha provocado en las organizaciones políticas de la clase obrera, pero lo cierto es que la izquierda atraviesa una profunda crisis a nivel mundial. Los partidos comunistas, tras haber

sido cómplices del stalinismo, han terminado completamente integrados al régimen actual, mientras que gran parte de los partidos que se reclaman “trotskistas” se han reconvertido al reformismo, renunciando al objetivo de un gobierno de los trabajadores. Como se puede advertir, las consecuencias del embate han sido muy severas.

Sin embargo, el hecho de que el proletariado haya sufrido una dura derrota no justifica que se le quiera atribuir una crisis definitiva. Los teóricos del “fin del trabajo” omiten que la lucha de clases es un proceso dinámico, con avances y retrocesos y con modificaciones constantes en la correlación de fuerzas entre las clases antagónicas. La clase obrera ha sido derrotada muchas veces en la historia, pero la experiencia ha demostrado que eso nunca fue determinante para que, tarde o temprano, ella volviese a organizarse. León Trotsky, que escribió ni más ni menos que en la época del nazismo, sostenía que el desafío de los sectores más avanzados de la clase trabajadora en momentos de derrota y reacción política, era no dejarse llevar por el reflujo general. A contramano de lo que hacen los intelectuales que aquí tratamos (muchos de los cuales son renegados del marxismo), Trotsky planteaba que en contextos adversos como aquél, cuando ya no era posible mantener determinadas posiciones políticas, era necesario preservar las posiciones ideológicas y “avanzar contra la corriente”. Porque si hay algo que las victorias coyunturales de la burguesía no anulan, es el hecho de que el capitalismo es un régimen social que ha agotado ya todas sus potencialidades históricas y hoy no puede ofrecer más que barbarie y deshumanización. Allí están para demostrarlo la masacre por vía de la guerra, el avance sistemático del hambre y la pauperización y la destrucción sin límites de la naturaleza, que hoy amenaza con terminar con la propia vida de los habitantes de este planeta. Estas manifestaciones de la profunda degradación a la que ha llegado este sistema replantean una y otra vez, y más allá de cualquier derrota, la vigencia del programa de la revolución socialista como alternativa superadora de la sociedad actual.

Pero lo fundamental a señalar en relación a esta tesis, es que *ganar* no es sinónimo de *tener éxito* y esto vale particularmente para el “triunfo” del capital al que ella se refiere. En efecto, con la política emprendida tras la crisis de los '70, y particularmente con la restauración capitalista en los ex estados obreros (que implicaba la conquista de un gigantesco territorio antes sustraído a la economía de mercado), la burguesía pretendía revertir estructuralmente la caída de la tasa de ganancia y terminar con sus crisis recurrentes. La dominación “global” del capitalismo fue festejada, como hemos dicho, como el inicio de una etapa de auge ilimitado para la civilización. Sin embargo, las crisis cada vez más pronunciadas que han tenido lugar desde fines de los ochenta hasta la actualidad han dado por tierra con esas pretensiones, desnudando el enésimo fracaso y la incapacidad del capital para superar sus propios límites.

La presente crisis, que ha estado marcada por la quiebra masiva de los bancos y por la bancarrota fiscal de los Estados, ha ingresado ahora en una fase signada por crisis políticas y rebeliones populares, como lo demuestra de manera contundente la situación que viene atravesando el mundo árabe. En este punto, se pone de manifiesto un elemento decisivo, que es completamente ignorado en las visiones estáticas de los teóricos del “fin del trabajo”. Y es el hecho de que la hegemonía del capital entraña también todas sus contradicciones; el capital domina con su propia

lógica y sus propias tendencias que tarde o temprano se vuelven contra él como un bumerang, golpeándolo con sus efectos no buscados. Los intentos de descargar la crisis sobre la población laboriosa mediante los despidos, la superexplotación laboral y las políticas de “ajuste” generan reacciones del otro lado, y lo mismo cabe decir del destino de la restauración capitalista todavía inconclusa, cuya profundización implicará mayores confiscaciones contra los sectores populares. Lejos de haberse instalado un dominio incuestionado del capital, tal como se desprende de esta tesis, la arremetida contra las condiciones de vida opera como un fermento convulsivo y las masas trabajadoras son arrastradas a la lucha por la presión de la desesperación. Se confirma una vez más que el capital genera sistemáticamente las condiciones de su propia superación. De lo que se trata, ayer como hoy, es de la capacidad de la clase obrera para orientar ese proceso hacia la lucha por el poder y la transformación del orden existente.

CONCLUSIÓN

La actualidad de una teoría científica no tiene que ver con el tiempo transcurrido desde su elaboración, sino con su capacidad para dar cuenta de los fenómenos de la realidad y anticipar su desarrollo. A lo largo de este ensayo se ha intentado demostrar que las teorías del “fin del trabajo”, surgidas hace no más de treinta años, han quedado rápidamente desautorizadas por la realidad socio-económica de las últimas décadas, que las ha refutado en gran medida. Sus tesis principales se han revelado teóricamente endeble y sus pronósticos más audaces se han visto empíricamente cuestionados a la luz de los acontecimientos recientes. Paralelamente a esto, también se ha intentado demostrar que los lineamientos y previsiones fundamentales de la teoría marxista, con más de 150 años de historia, se han visto nuevamente reafirmados por la evolución económica y por el devenir de la lucha de clases durante los últimos años. Así pues, mientras las teorías del “fin del trabajo” hoy han quedado reservadas para los anaqueles de las bibliotecas, la teoría marxista continúa revelando en sus aspectos sustantivos una inmensa vigencia y fecundidad para explicar la “anatomía” de la sociedad capitalista y dar cuenta de su desenvolvimiento histórico.

En este trabajo también se ha hecho referencia a la ofensiva social y política contra la clase obrera y los oprimidos a partir de los '70 (que tuvo su punto culminante en la restauración capitalista en los ex estados obreros), y se ha señalado a las teorías del “fin del trabajo” como una contrapartida ideológica de esta embestida. Sin embargo, el fracaso de la tentativa “goblalizadora” del capital (que se refleja en sus crisis cada vez más pronunciadas y en la profundización creciente de la miseria social) y el destino todavía incierto del proceso inacabado de la restauración capitalista, han dotado al programa de la revolución socialista de una nueva vigencia en tanto superación del régimen capitalista. La disyuntiva de “socialismo o barbarie” ha cobrado una nueva dimensión, y avanzar en el sentido de la revolución socialista es, a nuestro entender, el mayor desafío que hoy tiene planteado la humanidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Altamira, J. (2010). *No fue un martes negro más*. Buenos Aires: Rumbos.
- De la Garza, E. (1999). Fin del trabajo o trabajo sin fin. En Castillo, J.J. (ed.), *El trabajo del futuro*. Madrid: Editorial Complutense.
- De la Garza, E. (2001). Problemas clásicos y actuales de la crisis del trabajo. En De la Garza, E., y Neffa, J. C. (comps.), *El futuro del trabajo – El trabajo del futuro*, Buenos Aires: CLACSO.
- Gorz, A. (1989). *Adiós al proletariado*. Buenos Aires: Imago Mundi.
- Gorz, A. (1998). *Miserias del presente, riqueza de lo posible*. Buenos Aires: Paidós.
- Harribey, J.M. (2001). El fin del trabajo: de la ilusión al objetivo. En De la Garza, E., y Neffa, J. C. (comps.), *El futuro del trabajo – El trabajo del futuro*. Buenos Aires: CLACSO.
- Heller, Pablo. (1997). *El fin del trabajo* de Jeremy Rifkin. *En Defensa del Marxismo*. N°18.
- Lenin, V. (1974). *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*. Buenos Aires: Anteo.
- Lessa, Sergio. (2005). “Centralidade ontológica” do trabalho e “centralidade política” proletaria. *Lutas Sociais*. N°13.
- Lessa, Sergio. (2003). A materialidade do trabalho e o trabalho imaterial. *Revista Outubro*, N°8.
- Marx, K. (2000). *El Capital*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Marx, K. (2004). *Manuscritos económico – filosóficos de 1844*. Buenos Aires: Colihue.
- Marx, K. (1987). *Miseria de la filosofía*. México: Siglo XXI editores.
- Marx, K. y Engels, F. (2005). *La ideología alemana*. Buenos Aires: Santiago Rueda Editores.
- Neffa, J. C. (2001), Presentación del debate reciente sobre el fin del trabajo. En De la Garza, E., y Neffa, J. C. (comps.), *El futuro del trabajo – El trabajo del futuro*. Buenos Aires: CLACSO.
- Rieznik, P. (2005). *El mundo no empezó en el 4004 antes de Cristo. Marx, Darwin y la ciencia moderna*. Buenos Aires: Biblos.
- Rieznik, Pablo. (2002). Desocupación y disolución social: notas sobre el alcance de una crisis histórica. *Laboratorio*, N°8.
- Rieznik, Pablo. (2009). Equilibrios, desequilibrios y catástrofe capitalista. *En Defensa del Marxismo*. N°36,13-23.
- Rieznik, Pablo. (2010). Sobre el carácter histórico de la actual crisis mundial. *En Defensa del Marxismo*. N°37, 41-49.
- Rieznik, Pablo. (2008). Catastrofismo, forma y contenido. *En Defensa del Marxismo*. N°35, 29-52.
- Rifkin, J. (1996). *El fin del trabajo*. Buenos Aires: Paidós.
- Testa, V. (1975). *El capital imperialista*. Buenos Aires: Ediciones Fichas.
- Trotsky, L., *Bolchevismo y Stalinismo*, El Yunque, Buenos Aires, 1975.

¹ Ver Rieznik, Pablo. (2010). Sobre el carácter histórico de la actual crisis mundial. *En Defensa del Marxismo*. N°37, 41-49.

² Marx, K. y Engels, F. (2005). *La ideología alemana*. Buenos Aires: Santiago Rueda Editores, pág. 50.

³ Ver De la Garza, E. (1999). Fin del trabajo o trabajo sin fin. En Castillo, J.J. (ed.), *El trabajo del futuro*. Madrid: Editorial Complutense.

⁴ Para el marxismo el proletariado es la clase llamada a encabezar la revolución social que derrocará el régimen capitalista y reorganizará la sociedad sobre principios socialistas.

⁵ Para Marx, un conjunto de individuos constituye una clase *en-sí* en la medida que comparte una situación material e intereses comunes. Dicha clase deviene clase *para-sí* cuando se organiza para defender y luchar por esos intereses.

⁶ Ver Rieznik, Pablo. (2002). Desocupación y disolución social: notas sobre el alcance de una crisis histórica. *Laboratorio*, N°8.

⁷ En *El capital imperialista*, Víctor Testa explica cómo el sistema capitalista ha ingresado en su etapa de declinación histórica como resultado de su propio desenvolvimiento y analiza extensamente cómo en esta etapa, el predominio del monopolio y del capital financiero implican una negación de las normas que regían el capitalismo clásico de libre competencia. El autor explica que el desarrollo del monopolio implica una desaparición paulatina del mercado en tanto mecanismo de *reparto* de la plusvalía y su reemplazo por la fuerza, y que la hegemonía del capital financiero por sobre los otros tipos de capital supone el predominio de un nuevo criterio con respecto a la *apropiación* de la riqueza social. Ver Testa, V. (1975). *El capital imperialista*. Buenos Aires: Ediciones Fichas, caps. 1 y 2.

⁸ Rieznik, Pablo. (2008). Catastrofismo, forma y contenido. *En Defensa del Marxismo*. N°35.

⁹ *Ib.*, pág. 35.